

RESEÑAS

María Jesús ZAMORA CALVO, Alberto ORTIZ (Eds.). *Espejo de Brujas. Mujeres transgresoras a través de la Historia*. Madrid: Abada Editores, 2012.

El fenómeno de la bruja, dicho muy someramente, es un elemento histórico que, a lo largo de los años y los siglos, ha tenido múltiples interpretaciones. Desde la perspectiva clásica de la maga o la hechicera sabia hasta las últimas visiones hollywoodienses de la escoba y el sombrero puntiagudo, lo cierto es que hay una cosa en la que todos podemos estar de acuerdo: y es que hay más de una bruja o brujas, y todas son iguales y diferentes.

Desde hace algunos años este fenómeno ha despertado en la historiografía occidental un profundo interés. Desde obras de marcado carácter antropológico como *La Rama Dorada*, de Frazer, hasta otras investigaciones más recientes, como las del profesor James Amelang, lo cierto es que no resulta difícil rastrear la pista de la brujería a lo largo de la Historia (y, por supuesto, destacando las de Caro Baroja). Pero es cierto que hay muchos campos aún desiertos en cuanto a la investigación: tanto en lo relativo a épocas como a ámbitos geográficos o incluso respecto de parcelas de la sociedad y la cultura en las que la brujería aún no ha sido estrictamente analizada. Y es en ese contexto en el que podríamos enmarcar esta obra: el *Espejo de Brujas* como un acercamiento a la cuestión desde diferentes puntos de vista.

Se trata de una colección de artículos: un compendio de algunas obras relativas a la brujería enmarcadas en el contexto de una obra conjunta. En ese sentido, uno de los primeros aspectos que conviene destacar sobre el *Espejo de Brujas* es que plantea, desde el principio, una visión interdisciplinar de la cuestión: la brujería. Los objetivos que plantea la obra podrían ser muchos y destacados, sin embargo, la propia introducción de la obra nos revela muy claramente el fundamental: se trata de devolver a la bruja, a la persona detrás de este fenómeno histórico tan específico, a su lugar en la Historia. Y, en ese sentido, la obra cumple en gran medida con lo prometido: se devuelven los rasgos de la personalidad, los planteamientos intelectuales y las motivaciones, materiales o inmateriales, de las (o los) protagonistas de estos hechos, a un lugar mucho más adecuado de la Historia: el lugar de la objetividad, de la asimilación imparcial de los sucesos, libre de cargas ideológicas, prejuicios o sentimientos religiosos, y el lugar, en definitiva, que todo elemento histórico merece: una objetividad lo más aséptica posible.

A nadie escapará que la objetividad es imposible, y no es esta una lección de historiografía ni de tendencias filosóficas de la Historia. Pero el objetivo está ahí: se persigue un análisis mucho más objetivo de este fenómeno histórico que permita dar luz y rostro a sus protagonistas, con sus pensamientos, sus condicionantes y sus decisiones. Y, en ese sentido, la obra va a realizar un repaso conjunto de muchos de estos ejemplos por medio de sus artículos. Se trata de dar a conocer cómo era o cómo se manifestaba la bruja, para lo que encontramos artículos como el de María Luisa

Bueno o el de Yolanda Guerrero; se trata de averiguar en qué ambientes se mueve o de qué materias se provee, para lo que resulta fabuloso el artículo de Gerardo Fernández; o qué presencia tiene en las obras literarias de su época, recomendando en este caso el artículo de Luis Miguel Vicente sobre el *Persiles* cervantino. En definitiva, se puede llegar a conocer el fenómeno de la bruja, y esta obra ofrece una variedad de visiones y de perspectivas que enriquecen mucho, en su conjunto, la imagen que podamos percibir de ella, aclarando, naturalmente, que se hace desde una perspectiva no especializada.

Pero no se trata únicamente de un estudio sobre la bruja antigua, pues esta obra va a ir más allá para analizar también a lo que pudiéramos definir como la “bruja moderna”, una persona que se ha configurado por sobre las convenciones sociales y que, mediante de sus obras artísticas, de su comportamiento personal o de sus tribulaciones intelectuales supera de lo que pudiéramos considerar el canon social. Y en ese sentido podemos hablar de la oscurantista poesía de Pizarnik u Olga Orozco en el artículo de Selena Millares, *Poesía y videncia*; o de los sentimientos de una sociedad en pleno cambio político e institucional gracias a la *Movida* retratada por Rafael Morales por medio de Blanca Andreu y Miriam Reyes.

En general y, como hemos podido ver, se trata de un repaso interdisciplinar, transversal y multidireccional en lo que a las brujas se refiere. Hay un artículo para cada una de las facetas de este mundo de la brujería, veintidós en total, huyendo de la idea preconcebida de la bruja fea de la escoba, que, por otro lado y porque también es una realidad, histórica y contemporánea, de la imagen de la bruja, también se va analizar en la obra. Nos lo recuerda así Rafael Mérida, haciendo también, en su artículo, un ligero repaso del papel de la bruja en el cine. Con el suyo se completan los veintidós artículos que tienen una extensión de unas quince a treinta páginas y que se complementan con una breve selección bibliográfica. Y esto, acompañado, además, por un breve extracto de la trayectoria profesional e investigadora de sus autores: algo especialmente útil para conocer desde qué planteamientos proyectan sus escritos.

A mi modo de ver, la selección bibliográfica es, simplemente, uno de los mejores aportes del libro. Pese a que muchos autores, en sus artículos, tiende a colocar ciertas notas en el pie de página, y citan en sus líneas las fuentes utilizadas (tal como hace Cecilia López respecto de las *Brujas de Coahuila*), creo que el resumen general de bibliografía que se aporta en la parte última de cada artículo permite una visión general, rápida y sintetizada de la bibliografía que permitiría explorar esos temas. Y, de cara a una posible investigación, es una herramienta de lo más útil.

Se pueden detallar no pocos aspectos positivos de esta obra. Aunque, como era de esperar, no todas las críticas iban a ser buenas. Sin embargo, no por ello quiero menoscabar las virtudes de una obra que, si bien se encuentra, como todas, limitada a un espacio y a unos evidentes límites de edición o de extensión, cuenta con otras ventajas. Y, junto con la bibliografía selecta, una segunda virtud de esta obra es, sin duda, la interdisciplinaridad. Desde la lingüística relativa a los conjuros árabes (y la

problemática del concepto de bruja desde el mundo árabe al occidental que propone Mohamed El-Madkouri) hasta la poética de Pizarnik y la historia del desafortunado Eleno de Céspedes, es esa visión amplia y a la vez detallada de diversas facetas de la brujería una de las cosas que más he podido disfrutar de este libro. Del mismo modo que habla de un libro del siglo XIII, traducido con Alfonso X (y que detalla Ana González en su artículo *El Liber Picatrix y la traducción mágica culta*) sobre talismanes y la brujería de un alto nivel, también detalla la musicalidad del conjuro moderno (de Raúl Mallavibarrena) o la legislación que a lo largo de la modernidad podía encargarse de atrapar, condenar y ejecutar a una bruja según su delito cometido (en un artículo de la profesora María Jesús Torquemada y que no por otra cosa se titula *Doscientos azotes y pena de destierro*, aunque otros autores, como Adelina Sarrión o Alberto Ortiz, en sus respectivos artículos, nos hablen y o también de otras y duras penas como el sambenito, la tortura, la horca y, por supuesto, la hoguera). Y esto junto con, por ejemplo, el artículo de María Jesús Zamora detallando varias perspectivas, debates o tendencias historiográficas sobre el concepto de la brujería.

La visión general alcanza el mundo clásico (gracias al completísimo artículo de Carmen Gallardo) y también el más puro mundo contemporáneo y actual, ya sea en través de la citada *Movida Madrileña* o el cine de Hollywood, algo que demuestra, en gran medida, la intemporalidad de este fenómeno que es, por ello, algo digno de mención académica y de la investigación. Pero todo desde un punto de vista, como señalaba más arriba, imparcial y objetivo, y ese es el tono que persigue y consigue esta obra, sin enlodarse o marchitarse en tópicos o la frivolidad innecesaria.

Además, el tono de la obra es ligero, al menos en la mayoría de los casos. Si bien cada artículo es obra de su autor y, en consecuencia, el estilo corresponde a cada uno de ellos, el formato general de la obra propicia una lectura variada y rápida. Al tratarse de artículos de no más de treinta páginas, podemos obtener una visión de cada apartado bastante profunda pero sin entrar en repeticiones o farragosas descripciones que, por otro lado, ralentizarían enormemente el ritmo de la lectura. Es por ello, en mi opinión, que el libro se lee bien, cambiando de tema a la adecuada frecuencia y cubriendo prácticamente todos los gustos.

Esto, naturalmente, también tiene su contrapartida, pues si bien no todos los temas entrarían a la profundidad que cada uno desearía, nunca puede llover a gusto de todos. Seguramente quien quiera conocer con mayor profundidad la superstición medieval o moderna no tenga suficiente con el excelente artículo de José Manuel Pedrosa, pero quien no guste o disfrute con ese tema, sin duda treinta y dos páginas le parecerán suficientes. No todo el mundo quedará satisfecho, pero la considero una digna y correcta solución para un problema como el espacio donde siempre tiene que haber un límite.

La cuestión estilística, por otro lado, me parece un problema que oscila entre la sencillez y la extrema complejidad. Si bien podemos leer artículos como los de

Roberto Morales o José Manuel Pedrosa, donde el tono y la sencillez escrita propician una lectura suave, tranquila e interesante, también se encuentran otros artículos, como el de Rafael Morales o el de Selena Millares, donde, todo lo contrario, la propia lectura exige de un ejercicio de comprensión que dificulta una temática ya de por sí oscura, tenebrosa o impactante. En ese sentido, creo que una excesiva complejidad estilística o semántica no solo dificulta una enormidad la lectura, sino que menoscaba el que es, seguro, un magnífico artículo.

Y es que no por ello iba a dudar un momento de la calidad de las obras, todas ellas formales y medianamente bien estructuradas y con elementos más sencillos o más complejos. Pero si bien todas ellas, a nivel general, de fácil acceso y comprensión, también las hay que exigen de unos conocimientos previos o de un acompañamiento de otras obras que no todos los lectores se encuentran en disposición de hacer. Sin querer regresar de nuevo a Pizarnik o a Olga Orozco debo decir que la comprensión de dicho artículo merma mucho para quien no conozca sus obras o pueda acompañar la lectura del artículo de, por lo menos, una de ellas.

Independiente de ello, por otro lado, no podemos negar que siempre existirán las diferencias conceptuales y estilísticas a la hora de encarar una obra, algo tan natural como propio de la redacción científica. Y es por ello que no quería cerrar esta somera relación de detalles algo más negativos, que no por ello, negativos, sin dejar de referirme a la ordenación de los artículos que, si bien responde a una pura cuestión alfabética, quizás hubiera sido mejor una ordenación basada en áreas temáticas (lingüística, historia, sociedad, cultura), o bien en una ordenación puramente cronológica, lo que otorgara una línea temporal más sencilla de seguir o al menos más coherente en cuanto a los artículos referidos. Sin embargo, es este solo un matiz, el más pequeño que pueda otorgar por tratarse de una mera formalidad, y que en absoluto debiera verse como una crítica dado que seguro existen buenos e innegables argumentos relativos a la maquetación o la edición de este libro. Esto, desde luego, no le resta valor a la obra.

Por lo tanto, y en conclusión, creo poder decir que se trata de una obra bastante completa, que conjuga muchos puntos de vista y perspectivas distintas, dando a conocer así lo mejor de cada disciplina y de lo que pueden aportar sobre un tema común como es la brujería. Sencillo de leer y rápido pese a que no todos los artículos presentan la misma sencillez, tanto en su temática como en su estilo. Y aunque en algunos temas pudiera echarse de menos una mayor profundidad, igual que en otros podría perseguirse menos, creo que todos los artículos son muy correctos y se plantean desde una óptica bastante imparcial, moderna y libre: unos rasgos que me parecen fundamentales a la hora de referirse a un tema tan concreto como las brujas y que, por tanto, son dignos de entrar a formar parte un compendio como este, que aporta claridad, síntesis y precisión a la hora de reordenar o explorar unos aspectos de la brujería rara vez alcanzados.

Guillermo Cózar Llistó
 Universidad Autónoma de Madrid.
 Calle Mar Cantábrico, 40. Tres Cantos. 28760. Madrid (España)
 guillermo.cozar@gmail.com

OBRAS CITADAS

Zamora Calvo, María Jesús; Ortiz, Alberto (Eds.). *Espejo de brujas. Mujeres transgresoras a través de la Historia*. Madrid: Abada Editores, 2012.

Marcelo PELLEGRINI. *El doble veredicto de la piedra*. Santiago de Chile: Das Kapital Ediciones, 2011, 58 pp.

Con un trabajo prolífico y respetable en diversos géneros —poesía, ensayo, traducción—, lo escrito por Marcelo Pellegrini (Valparaíso, 1971) se yergue como una de las obras literarias más interesantes e inteligentes que han aparecido en la escena poética chilena desde mediados de los años 90 hasta ahora. De esta manera, la publicación a fines de 2011 de *El doble veredicto de la piedra* por parte de la emergente editorial Das Kapital, viene a confirmar algo que cualquier lector atento de su última recopilación *La fuga: poemas 1992-2007*, podría haber entrevisto casi de modo conjetural: el paulatino y persistente ánimo exploratorio de la forma del poema dentro de los márgenes de una escritura que se precia de articular un imaginario vasto, lleno de guiños culturales, fragmentos intensos de experiencia y asombro ante el entramado de una literatura que se quiere viva y en permanente desplazamiento, nunca inmóvil o petrificada. Eso, ciertamente, es algo que parece y se vuelve decidor, pues la poesía de Pellegrini no es una entrega a la inmediatez del sentido en concordancia ingenua con sus referentes, sino más bien se puede advertir en su trama un permanente aplazamiento de lo que aparece a la percepción del lector, instándolo a notables ordalías en pos de un significado real o imaginario, pero siempre sugestivo en las cualidades representativas que posibilita el mismo lenguaje. Pero en esto, no se crea que Pellegrini cultiva una poesía de expresión ajena o de oscuro hermetismo. Si bien es cierto se puede rastrear en su escritura una saludable y ponderada apropiación de un imaginario, diríamos *surrealizante* que implica, entre otras cosas, cierta inclinación por el registro feliz de la vivencia onírica y un fraseo verbal que rehúye lo explícito de la exposición sintácticamente correcta, equívoco sería pensar —o leer más bien— en esta poesía una mera recreación acrítica de una sensibilidad *vanguardista*, propia del primer tercio del siglo recién pasado y que tiene, entre otros, a Rosamel del

Valle, Humberto Díaz —Díaz Casanueva y al Neruda *residenciario*, como sus puntos de inflexión más evidentes—. Porque de todos modos, en el gesto escritural de Pellegrini, rastreable con decidoras diferencias, pero igual apasionamiento en varios de los denominados “poetas de los 90”, se halla una reivindicación a buscar en el poema y por el poema la síntesis, sino perfecta, al menos plausible de aunar vida y escritura en una actitud vigilante para con las palabras y la lesa humanidad evocada e invocada en aquellos rincones que la desolación histórica ha dejado plasmada en los intersticios de nuestra experiencia personal y social reciente.

Esta relación, siempre fecunda y problemática entre el mundo evocado y el mundo propiciado por el lenguaje en el poema, de todas formas nunca ha sido una relación causal, sino de una tensa dialéctica que hace emerger la contradicción entre las diversas concepciones temporales que vuelven a nuestra sensibilidad, receptora del *impasse* que puede existir entre la literatura y lo real.

Ciertamente en *El doble veredicto de la piedra* es posible hallar un eslabón más en ese proceso exploratorio que hace del poema escena de definición vital y campo de acción imaginaria: veintiséis poemas de la más diversa factura que recorren el mundo de la memoria personal devenida hacia la comprensión colectiva de la experiencia como lo dejan entrever los poemas *La terraza* y *Calle Templeman*; evocaciones espacio-temporales en una sugestiva aprehensión de lugares datables en la geografía menos de países visitados que de la marca dejada en la retina y la memoria como lo muestran los poemas *Mirlo*, *Plaza Simón Bolívar (Declaración de Bogotá)* y *Arc de Triomphe*. Asimismo, un puñado notable de poemas que catalogaríamos como “homenajes” o guiños de complicidad lectora para con ciertos símbolos recurrentes de la tradición como puede ser la figura del *cuervo* y que permiten descubrir un fecundo diálogo intertextual con Poe, Darío y Belli, entre otros y que, además, nos muestran la diversidad formal con la que Pellegrini aborda la arquitectura de los poemas mismos. Poemas tales como *El cuervo escucha las voces del coro*; *El cuervo y la nieve*; *El cuervo no puede contra el viento* y *Sextina del cuervo y la geografía*, no solo son el sólido centro verbal e imaginario de un libro variopinto, sino también muestra del arte de la versificación con que se maneja su autor: verso libre entrelazado con maestría y sutileza con versos de arte mayor y menor, con una ligera predilección por el endecasílabo y el decasílabo junto a un atractivo manejo rítmico del heptasílabo y donde la rima asonante deja un eco de musicalidad sinuosa que nos sitúa a medio camino entre la concreción casi física de los referentes como en su diluida plasmación fantasmagórica.

Otros poemas muestran un manejo de formas sancionadas por el uso (sextina, soneto, varias alusiones a la silva) en diálogo no excluyente con formas libres, en prosa y con un uso oportuno y acotado de giros verbales de

carácter conversacional constituyéndose así un repertorio que tanto a nivel léxico como a nivel de construcción versicular, reafirma el valor de la exploración que Pellegrini efectúa en pos de asentar en sólidas bases constructivas del material lingüístico, no tanto el dominio de las formas de modo exclusivo, sino más bien el paulatino convencimiento de poseer el torrente de su imaginario en un anclaje otorgado por la materialidad misma de las palabras. Desde esta perspectiva, el valor *semántico* de los poemas de Pellegrini responde a la necesidad de reiterar y consolidar ciertas prácticas escriturales que su autor viene reproduciendo desde hace años y que se han convertido, de modo creciente, en marcas constitutivas de su más que eventual poética. Como lo ha señalado con acierto el crítico y ensayista Miguel Gomes, esas marcas son la hechura de una cartografía que hace de la luz uno de sus íconos predilectos, *semantizando* áreas de experiencia con una intensidad comparable a la del éxtasis y que convierte el universo léxico de este libro en un verdadero desfile de asociaciones de rico valor transformador. Así, por un lado, tenemos la *luz solar* que deviene transmutada en la *blancura de la nieve*, como asimismo en la *lívida expectación* en torno a la página en blanco, convertida esta en la aporía seductora de la ceguera productiva, ceguera que enlaza con la *luz subterránea o mineral* que es deseable más allá de todo sentido posible y que, por la cual, la poesía de Pellegrini apuesta embarcarse en un trabajo de indagación y fijación para dar con el reflejo de esas palabras que brillan en su destello momentáneo: ¿son acaso las palabras *en el poema*, signos de la fugacidad brillante?, ¿signos que encandilan en la concatenación de significados posibles y que solo pueden ser enunciados en tanto el poema los posibilita?

Esta última idea de amalgamar una eventual poética de la luz, con nociones de desplazamiento y orientación desde la materialidad del sentido, creo que se aproxima a su logro más fecundo en el poema final del libro: *Las tablas*. Un poema, de todas maneras, problemático, pues no nos hallamos ante un texto de cuerpo aprehensible en una continuidad esclarecedora, sino más bien nos enfrentamos a verdaderos jirones, a fragmentos de palabras entrelazadas con mayor o menor sinuosidad con un ritmo entre diáfano y musical y entrecortado y seco. Son cuarenta breves fragmentos, instancias, pausas de lenguaje que malamente pueden ser vistos como “estrofas” de un poema pretendidamente “largo” —no es la primera vez que Pellegrini nos enfrenta desde la escritura al cuestionamiento de lo que es un “poema largo” hecho a partir de una economía verbal que roza vertiginosamente el silencio y, por ende, su propia anulación— y que se hallan fundamentalmente constituidos a base de dos, cuatro o hasta cinco versos que alternan diversos metros, pero donde predomina una sensación de contención lingüística y una erradicación de todo giro conversacional. *Las tablas* es un poema donde puede advertirse una

Reseñas

especie de síntesis de los motivos más caros a Pellegrini: la luz, el vuelo, el deambular por las aguas reales o imaginarias de un océano brillante, pero opaco, donde también es rastreable la apología de la autorreflexión, de la escritura que vuela en las alas del sentido y su radical inaprehensión desfigurada; es un poema donde es doble una sensación de inmersión en la densidad de los significados, pero también la deriva del poema como entidad abierta que zozobra hacia ciertos ámbitos de sugestiva indeterminación: éxtasis y disolución como la paradoja de fijar la escritura, pero a sabiendas de su desplazamiento como huella donde nomina algo que solo deja los restos de su propia evidencia material y fónica.

Con este nuevo libro de poemas, Marcelo Pellegrini abre y fractura aún más la eventual *poética cerrada* —en el sentido de Eco— que se veía consolidada en *La Fuga: poemas 1992-2007*, y que muestra que la pretendida certeza de situar al lenguaje con su también pretendida claridad, se vuelve una quimera deseable, pero quimera al fin. Es como si en este nuevo libro Pellegrini explorase lo que buena parte de sus poemas anteriores solo preveían como segmento de un círculo concluso que se ha visto, ahora, forzado a abandonar sus estatutos de configuración apolínea. Una exploración donde, al decir de Armando Roa Vial, el poema opone la prórroga, siempre abierta, de la vacilación y la sospecha, pero también del arrobamiento y el asombro.

Ismael Gavilán Muñoz
Universidad de Los Andes
Fundación Pablo Neruda
Mons. Álvaro del Portillo 12455, Las condes, Santiago (Chile)
igavilan2@gmail.com